

# MÓNICA MÜLLER

*Nada es para siempre*



MÓNICA MÜLLER

NADA ES  
PARA SIEMPRE

 Planeta

I

UNA MADRE PÁJARA

Calculo que habrá sido en los primeros días de noviembre porque nuestra relación duró unas diez semanas y para la segunda de enero ya se había terminado todo.

Como casi todos los días mi ajetreo hiperkinético me llevó esa mañana al puesto de flores de don Robertino, al lado del muro del Hospital Alemán. Lo saludé al pasar pero esta vez algo me dejó clavada al piso: desde una de las macetas apiladas sobre los estantes salía la voz de un pájaro. Me acerqué y vi sobre un fondo de trapitos un pichón desplumado y despeinado que chirriaba con esa pertinacia frenética de los pajaritos bebés. Don Robertino hizo un gesto de impotencia:

—*Ma* qué sé yo qué hacer con este desgraciado. Lo encontré a la madrugada en el techo del puesto. Se ve que se cayó del nido por la tormenta de anoche. Acá en cualquier momento se lo come un gato. Y si sale de la maceta, *addio*; lo pisa un colectivo.

Intercambiamos opiniones sobre temas universales como lo frágil que es la vida y cómo todo puede cambiar en un segundo; después pasamos a imaginar el susto del pichón cuando el viento lo arrancó de su nido y lo arrojó empapado por la lluvia junto con ramas y hojas destrozadas contra el techo de lona del puestito, y a medida que nuestro diálogo ritual languidecía iba creciendo entre los dos una tensión subterránea de cosas no dichas. Yo no me animé a pedirle que me entregara el pajarito porque pensé que quería conservarlo, y era evidente que él no me lo ofrecía porque no me creía capaz de criarlo. Aunque hace años que nos conocemos e intercambiamos información sobre flores, plantas, plagas y desgracias ajenas yo no dejo de ser una señora de Recoleta, y se sabe que no hay nada menos confiable que esa subdivisión del género humano, sobre todo para hacerse cargo de un necesitado. Consciente de mi hándicap, tomé coraje:

—¿Me deja que me lo lleve y lo críe, Robertino? Yo vivo acá enfrente; si quiere puede visitarlo en mi casa o se lo traigo de vez en cuando para que lo vea, —dije con un tono que a mí misma me sonaba sospechosamente melifluo.

Me iba sintiendo como una apropiadora de menores a medida que la desconfianza de Robertino iba en aumento con cada palabra mía. ¿Pensaba que lo iba a marinar para preparar un pequeño plato thai? ¿O que lo sacrificaría como parte de un ritual satánico?

En lugar de convencerlo, mi propuesta pareció exacerbar su recelo. Yo sabía que podía criarlo porque lo había hecho años atrás con Simón, un pichoncito aún más inmaduro, un gorrión del tamaño de mi pulgar completamente lampiño y con una piel rosa tan transparente que dejaba ver la comida mientras bajaba hacia el buche.

—*Ma* sí, llevalo si querés, *ma* cuidalo bien, —dijo en un impulso, y con cierta brusquedad me entregó al pichón envuelto en los trapitos.

Parecíamos una madre y un padre hostiles acordando la tenencia compartida. Crucé la calle con mucho cuidado como si llevara un tesoro fragilísimo y conmovida por algo que siempre me mata de los pájaros: lo rápido que les late el corazón y cuánta tibieza puede irradiar un cuerpo tan minúsculo.

Me senté en la biblioteca con el pajarito contra el pecho un largo rato. Ya era la madre.

Había leído las obras de Konrad Lorenz cuando era adolescente y esta era la segunda vez que iba a experimentar su teoría del *imprinting*. Konrad dice (y otros lo observaron antes y después que él) que los pájaros adoptan como madre a cualquier persona u objeto que vean moverse cuando recién salen del huevo.

Simón había seguido las instrucciones con una exactitud que yo no creía posible. Parecía que antes de caerse del nido había leído todo Lorenz; y pese que al final ya era un gorrión enorme y autosuficiente no quería separarse de mí. Con gran esfuerzo logré que se reintegrara a su familia biológica pero siguió volviendo todas las noches de ese verano al balcón de mi casa y cantando durante el día a grito pelado desde la cornisa de mi dormitorio hasta que terminó marzo, cerré las ventanas y no lo vi más.

Dentro de una caja de cartón rellena con trozos de diarios armé un nido acolchado con papel de cocina y deposité en el centro al pichón de Robertino envuelto en sus trapitos. En cuanto se encontró fuera de mis manos reanudó su grito (ni con la mejor buena voluntad podía llamársele canto) que sonaba como un monótono y desesperado *chipi, chipi, chipi*.

En la cocina remoje una galletita de cereales y la llevé en una taza a la biblioteca. Sumergí la punta del meñique en la pasta y cuando se la acerqué al pico Chipi lo alzó, descoyuntó las bisagras amarillas de las comisuras y mostró el interior rojo y palpitante de su garganta. Con infinito cuidado hundí la punta del dedo en la entrada del gáznate y dejé caer unas gotas de papilla. Esa operación requiere mucha delicadeza, porque en los pájaros la vía digestiva y la aérea están muy próximas. Si el alimento se introduce por el camino equivocado, entra a los bronquios y los asfixia. La yema del meñique funciona bastante bien porque es sensible y blanda, pero para ese pequeñísimo diámetro era demasiado grande. Tenía que conseguir un instrumental más apropiado.

Mientras repetía una y otra vez el circuito dedo-papilla-gáznate obedeciendo al reclamo urgente de Chipi, mi cabeza evaluaba las ventajas y las contras de diferentes alternativas. La jeringa de plástico más fina tenía un tamaño adecuado pero una punta rígida que podía herir los tejidos delicados de su garganta; un hisopo podía desarmarse y desprender un pedazo de algodón; un escarbadiantes de madera era muy peligroso por sus extremos puntiagudos. Entre los



infinitos objetos de mi vida humana tenía que haber uno que remedara la forma y la consistencia del pico de la madre biológica de Chipi. De repente me acordé de los sorbetes de plástico flexibles para tomar gaseosas. Pedí varios en el kiosco y después de probar cuatro o cinco cortes diferentes llegué a un diseño bastante aceptable. Había logrado una imitación de pico redondeado, inofensivo y eficaz para cargar el alimento y dejarlo caer con suavidad en la entrada misma del buche.

Chipi se alegró con la aparición del falso pico; sorbía con avidez y exigía la papilla a un ritmo frenético. Apenas me daba tiempo a estibarle una ración tras otra en el garguero durante cinco minutos, hasta que el buche atiborrado de papilla se le asomaba como un globo blanco entre las plumas raquílicas del cuello. Entonces le sobrevénía un súbito sopor y mientras por arriba se le iba vaciando el buche, aparecía por abajo el resultado, abundante y pestilente, impregnando los trapitos de Robertino.

A la tarea de alimentación se le agregó entonces la de mantenimiento. Varias veces por día le cambiaba los papeles empavonados por otros limpios (tampoco con excesiva frecuencia: los nidos verdaderos

son algo muy sucio y no quería transformar a Chipi en un trasculturado obsesionado por la higiene). Durante el primer día mantuvimos la secuencia *cinco minutos de alimentación /una hora de descanso*, desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde, hora en la que súbitamente metió la cabeza bajo el alita desplumada y se quedó dormido.